

za del arte taurino con que los muchos *Don Modestos* de tantos soles (o no alumbra) y *sombras* ensalzan ese vicio elevado—de nombre—a arte?

El arte huero rampón, banal, es todo aquel que no sea bello, y no podrá ser bello un arte que no dé, que no ayude, que no tenga, ni refleje vida, como no podrá concebirse como vida lo que no presente y marche en pos de una idea. Luego el arte, la belleza, la vida, son las ideas. Y en donde no haya ideas, no hay, no puede haber vida, ni arte, ni belleza.

Poetas: inculca en vuestros versos y poemas ideas, aunque tengáis que dejar al margen vuestra insulsa rima.

Discípulos de Euterpe: Sólo por el verdadero arte que invite a la vida, repleto, plétopero de ideas, conseguireis que las notas impresas en el pentagrama musical, hablen a nuestras fibras sensitivas y humanas con dulce y halagüeño encanto.

Artistas: no más arte que la vida. ¡Dignifiquémosla!

Así como la vida—o su goce—es el goce del arte, de la belleza, el medio, el fin y la esencia de la belleza y el arte, es enaltecer, encumbrar, idealizar, sublimar la vida.

Sólo pulsando la lira de la Vida al impulso de la idea, elevaremos, construiremos, la sociedad del porvenir, del arte y de la belleza, como por la inspiración del arte mágico y vívido, el célebre Anfión construyó su Tebas.

DROUPELLE

## DE WILSON A ALOMAR

En *El Liberal*, de Madrid, de 24 septiembre, hemos leído lo que sigue:

El subsecretario de Estado, Lansingh, ha enviado el siguiente telegrama a todos los embajadores norteamericanos y ministros de todos los países aliados y neutrales:

«Por buen conducto se ha informado este Gobierno de que los pacíficos ciudadanos rusos de Moscú, Petrogrado y otras ciudades sufren las consecuencias de una abierta campaña de terrorismo y que han ejecutado sus masas. Sin pruebas ni juicio se ha fusilado a miles, y en las mal administradas cárceles hay más personas de las que pueden contener, en tanto que por las noches se asesina sin descanso a multitud de rusos, y grupos irresponsables alimentan sus pasiones asesinando a un sinnúmero de inocentes.

«En vista del sincero deseo del pueblo de los Estados Unidos de defender al pueblo ruso y de prestarle ayuda para reconstruir la nación según los principios de democracia, y actuando, por consiguiente, únicamente en interés del pueblo ruso, este Gobierno no puede callar ni dejar de expresar su horror por el terrorismo existente. Es más; cree que para impedir el aumento de la desenfrenada matanza de los ciudadanos rusos, todas las naciones civilizadas deberían expresar su horror por tal barbarismo. Pregunte, por lo tanto, si el Gobierno al cual está usted supeditado, está dispuesto a tomar alguna acción inmediata, enteramente aparte de la atmósfera de beligerancia y de la prosecución de la guerra, arrojando sobre los perpetradores de estos crímenes la aversión con que la civilización considera los presentes actos de maldad.»

El Gobierno norteamericano tiene recluidos en las cárceles de *la libre América* algunos centenares de obreros por el enorme delito de ser pacifistas y haber protestado contra la guerra. En algunas localidades, el rebano de Wilson ha llegado hasta el lynchamiento de esta nueva especie de criminales que tal vez votaron la reelección de Wilson a la presidencia cuando, antes de declarar santa la guerra, entonó himnos a la paz como platón electoral. Es muy probable que en Rusia la revolución haya cometido excesos propios de un pueblo en armas indignado contra la tiranía y los servidores de la tiranía. Pero los males de la libertad con la misma libertad se curan; jamás con la aplicación de la intervención. He aquí un axioma de la democracia que fácilmente olvidan los botarates endiosados por el ejercicio del poder.

Levantar un pueblo en armas, varios pueblos, y, en nombre de la libertad y de la democracia lanzarlos contra otros pueblos igualmente armados por sus gobiernos en nombre de principios considerados arcaicos, produciendo el más tremendo, el más monstruoso, el más sangriento choque de fuerzas fratricidas que han visto los siglos, choque en el que parecen los hombres a millones y se arruinan las naciones, parece santa, justa, liberal y heroica esta carnicería en que los rebanos matan y mueren sin saber de sus causas más que lo que les han mandado creer sus respectivos pastores. Como este choque de pueblos está producido por los egoísmos capitalistas, los apetitos coloniales y las voracidades comerciales, los conductores de pueblos hallan justificantes mil para su acción. Son los amos de los pueblos y, piensan, quien manda, manda bien.

Pero cuando un pueblo, pensando por cuenta propia, es decir, prescindiendo de tutelajes gubernamentales, se levanta en armas contra principios que considera igualmente arcaicos, de sus gobiernos tiranos y de sus clases directoras, egoístas e ineptas, y se produce la guerra civil, o se da la revolución, en la que no mueren ni la diezmillésima parte de las víctimas de una guerra de capitalistas, entonces ¡ah! entonces esto no puede tolerarlo la hipócrita sensibilidad del plutócrata y del gobernante. Hay que intervenir, aprisa y corriendo, para restablecer el orden y la paz amenazados. ¿Porque peligran la libertad y la democracia y la justicia? No; sino porque peligran, sencillamente, intereses de capitalistas y de gobernantes; porque peligran la propiedad privada y el principio de autoridad. Cuando este caso llega, Democracia y Autocracia en guerra suelen reconciliarse sobre el cadáver de la Revolución que ahogaron en sangre. La historia se repite. ¡Abajo la hidra revolucionaria! ¡Abajo la guerra civil! precisamente en el mismo instante en que se grita ¡Viva la guerra mundial en pro de la democracia y de la libertad! ¡Abajo la tiranía de gobiernos absolutistas! En suma, la guerra es justa, es santa, cuando la decretan, organizan, dirigen y la llevan a término gobernantes. La guerra es inculca, diabólica, cuando la organizan y llevan a cabo los que no quieren ser gobernados. En el primer caso, todos los excesos parecerán buenos a estos extraños e ilógicos defensores del derecho escrito. En el segundo caso, los excesos son nefandos y merecen ser castigados por quienes interpretan la libertad en el sentido que conviene a los que prestaron dineros a gobiernos derribados. Peligran los empréstitos, no la libertad de los pueblos...

Pues no hay derecho a tan torcidas y contradictorias interpretaciones ni lo hay para tales intervenciones. El representante de la plutocracia norteamericana se extralimita en sus funciones. Si sus antepasados se levantaron en armas contra la tiranía de Inglaterra, el pueblo ruso tiene derecho a hacer lo mismo contra la tiranía de los que aspiran a sojuzgarle y darle formas de gobierno que le repugnan y que se pretende ahora imponérselas con la fuerza de las armas. Si según las declaraciones de este representante del capitalismo americano, los pueblos tienen derecho a gobernarse como su misma mayoría elija, la intervención es una coacción y una tiranía. A no ser que el representante de los trusts entienda por mayoría la del censo electoral que fabrica minorías domiadoras favorables a los partidos de la burguesía y no la mayoría del pueblo cuando barre de los parlamentos y de las calles estos partidos gubernamentales que por boca de Wilson piden en Rusia la intervención armada. No hay excesos que la justifiquen en este siglo autoritario de gases asfixiantes y de aeroplanos *publicidad*. Tolstói es el único que podría protestar y condenarlos, porque su doctrina es la única que no invoca la fuerza material. Y cuando no se es un gran Tolstói pacifista, sino un pequeño Wilson guerrero, el lenguaje de la indignación sabe a hipocresía refinada y a contradicción estúpida.

¿Quiere decir todo lo antedicho que defendamos los excesos de la revolución? No; quiere decir simplemente que nos subleva esta libertad de dos caras de la democracia norteamericana que se mete donde nadie la llama, y si alguien ha llamado secretamente a las puertas de la presidencia, habrán sido los discípulos del monje Rasputin, o el partido de los cadetes monárquico-liberales, o alguien que quiere ceñir la corona de los zares apoyado en las bayonetas de la democracia para reanudar los horrores de la Siberia, aquellos horrores que no merecieron, porque recaían en su inmensa mayoría sobre obreros, la intervención del actual quijotismo americano que solo sabe indignarse y condolerse cuando las víctimas de la guerra civil pertenecen a la categoría de los propietarios. Quiere decir sencillamente que conocemos el juego, viejo como el mundo gubernamental, de invocar la libertad para matar la libertad. La revolución rusa será santa para unos, diabólica para otros, estorbará a tales intereses o favorecerá tales otros; su actual gobierno se excederá o no según las resistencias que halle a su paso, como cualquier gobierno habido o por haber, pero ideológicamente considerada, debe ser respetada por todos los que se precien de democratas.

Otro día hablaremos de lo que nos separa de ella o a ella nos une, de lo que de ella nos merece simpatía o antipatía, de lo que nos parece que es o debería ser; interinamente, sentado lo que antecede, dejaremos de la palabra del demócrata Gabriel Alomar de una lección de democracia a los que ovidaron la democracia para no ser más que furiosos guerrillistas, tan guerrillistas y tan furiosos como los trogloditas del absolutismo.

Sobre el «caos» ruso.— Jesús, Don Quijote y Tolstói fueron maximalistas. Ca adipsa casualidad que nos envuelve, es inferior al viento gesticulador que desinfecta a Rusia

Mis artículos sobre la revolución rusa han merecido el comentario de estimadísimos compañeros míos, cuyos nombres van unidos a las luchas idealistas de toda mi juventud. Y ese comentario ha sido la manifestación de una disculpa. Mis amigos, los ilustres escritores Mario Aguilar y A. Rovira Virgili, no admiten, para el

maximalismo ruso, el juicio histórico que me atreví a formular, sobreponiéndome a toda mi simpatía por la causa de la *Entente*. Mario Aguilar, con todo, escribe en su último artículo bellas y generosas palabras sobre Uianor Lenin, que viene a ser un desagravio. Pero Rovira Virgili, en una de sus doctas crónicas extranjeras, insiste en su absoluta condenación de los bolcheviki, aludiéndome con una cortesía muy digna de su buena amistad; y escribe unas frases de leve comparación histórica entre los Comisarios del Pueblo ruso y los hom-

bres de la Revolución francesa. El tema es fecundo.

El peligro mayor de las discusiones sobre asuntos de recia tensión espiritual, está en la dificultad de conservar, a través del fogoso entusiasmo, el sentido del matiz y la gradación. El hombre se convierte en *partidario*, en luchador, y participa del categorismo violento de la multitud o «ejército» en cuyas filas combate, aunque sólo sea con el arma de la palabra. Su corazón se abisma en el grande y único corazón de su bandera. Ante su vista no distingue más que un gran sí y un gran no, sin esa riqueza de medias tintas e incertidumbres, esa santa duda que constituye precisamente la gran inferioridad y la gran superioridad de la conciencia humana... El «partidario» es un hombre religioso; un *entusiasta*, un poseído del «dios interior». La lucha en que toma parte es un enorme melodrama, un inmenso *film*; y con alma de niño, ese espectador y actor a un tiempo, no ve más que a un lado, personajes excelsos, perfectísimos, y al otro lado bandidos y traidores...

Una observación sobre mi caso personal. Yo no he tomado nunca partido por los maximalistas. En todos mis artículos he declarado errónea su conducta. Tal ha sido el sentido de los publicados en este *Liberal*. Véase también el que titulé *Los valores espirituales*, en *El Imparcial* de 1.º de octubre de 1917; o los que titulé *El frente espiritual*, *La gran antitesis*, y algunos otros, en *La Publicidad*, de Barcelona.

Sin duda, si hubiese tenido que intervenir personalmente en la revolución rusa, habría apoyado con todo mi fervor el generoso impulso de Kerenski. Pero ya desde los primeros días de la intervención del elemento maximalista, hubo de sublevarme contra una injusticia irritante—injusticia a la cual, triste es decirlo, las cinchas argucias gubernamentales nos han ido acostumbrando, a cada estallido de las iras populares.—Me refiero a la deslealtad de combatir al adversario con las armas de la deshonra, procurando esparcir sobre su fama rumores depresivos, sacando de su vida y aun de su raza inducciones perveras, y acabando por tratarle, a boca llena, de sobornado, de Judas, vendido al oro del enemigo. Las armas de la calumnia, ¡oh eterno don Basilio!, tienen la herrumbre de tantos siglos como lleva en sus hombros la Humanidad.

Yo tuve la honra de vindicar a los conductores del maximalismo contra tales acusaciones. Y algunos periódicos ingleses y franceses, noblemente, colaboraron en ese deber espiritual. ¿Qué sería, al fin, nuestra causa si la manchásemos con torcidas infidelidades a su misma representación altísima?

Corriamos, además, otro peligro; el de dejarnos atraer por la sirena del filisteísmo, interesado en deshonrar y desacreditar las frases ineptas: «Mirad en el espejo de Rusia! Buena lección para nuestros revolucionarios! ¡Aquello es el acabose!» Como si el pantano en que vegetamos, la adiposa casualidad que nos envuelve, no fuesen mil veces inferiores al gran viento gesticulador que desinfecta y purifica la terrible herencia de la monarquía cosaca! ¡Amigos, elevad vuestra alma a la altura del espectáculo. Abrid vuestras ventanas al huracán de historia viva. No queráis imitar esas despreciables burguesías que rasgan sus vestiduras escandalizándose como viejos escribas!

El choque entre maximalistas y minimalistas es la eterna duplicidad interior de todas las renovaciones humanas. Es la lucha entre el *todo o nada* y el *todo lo que se pueda*. Espiritualmente, en la región pura de los principios, siempre la superioridad está de parte de los maximalistas. Los otros llevan adherida una inseparable mancha de barro, de tierra. Jesús, Don Quijote, Tolstói, fueron maximalistas. Tengamos, pues, ante el maximalismo ruso, el alto respeto de su ceguera gloriosa, que le hace renunciar aun a la lucha contra el César por no reconocer ninguna fraternidad con los Estados mesocráticos, aquellos propios Estados que ayudaron un día, egoístamente, al otro César caído, Nicolás Romanof.

En nuestras mismas sociedades occidentales, ¿qué otra cosa que maximalistas son los partidos obreros, irreductibles a toda colaboración política con el régimen burgués? Así como los bolcheviki han favorecido indirectamente en Rusia la causa germánica, así también en Francia, el sindicalismo a lo Jorge Sovel ha favorecido la causa del nacionalismo reaccionario.

Dejo por otro artículo la comparación entre los hombres de la Revolución francesa y los de la rusa, cuestión en la cual mis divergencias con el amigo Rovira Virgili merecen larga explicación. Pero quiero dedicar unas palabras a un punto delicado, sobre el cual han insistido los enemigos acérrimos de los bolcheviki. Me refiero al propósito de justificar la intervención aliada en Rusia, con la ilegalidad del poder maximalista, fundado en la disolución de la Asamblea constituyente. El amigo Aguilar, haciendo objeciones a un artículo mío publicado en estas páginas, presentó la similitud histórica entre la intervención en Rusia y la de los propios aliados en Grecia contra el rey Constantino que se opuso a la voluntad nacional disolviendo dos veces el Parlamento. Y establece una identidad entre el auxilio ofrecido a la moribunda Servia a través del territorio griego, y la ayuda prestada a los contingentes checo-eslovacos levantados en Rusia contra el Gobierno oficial. No puedo admitir, de ninguna manera, el paralelo. Las luchas revolucionarias son grandes fluctuaciones del sentimiento nacional, no ya de su voluntad, sometida a continuas crisis morbosas, desde la fiebre atisima a la algidez glacial. Las sucesivas Asambleas de la Revolución francesa, los Estados Generales, la Constituyente, la Legislativa, la Convención, fueron enemi-

gos mortales entre sí. La hostilidad de Lenin contra la Asamblea es un episodio de la dictadura inseparable de toda revolución. En cambio la actitud de Constantino de Grecia fué una oposición personal, dinástica y cortésa contra la soberanía popular. No puede compararse tampoco la ayuda a Servia, aliada preta, moribunda bajo su propio escudo heroico, ligada con Grecia por una alianza infringida por el rey, con la ayuda a las mesnadas checo-eslovacas, completamente irregulares, comprometidas en movimientos de reacción en un país ajeno, y promovedoras de disturbios, que ningún Gobierno hubiese tolerado jamás.

Pero el motivo fundamental de la intervención en Grecia estuvo en el derecho reconocido en 1837 a las tres potencias, Rusia, Inglaterra y Francia, para intervenir en la nación helénica a fin de mantener siempre vigente en ella el sistema constitucional; el sistema que la improvisada dictadura real acababa de interrumpir. Ningún derecho semejante puede invocarse para justificar la intervención de los aliados en Rusia.

Alguien, refiriéndose a la turbulencia de Rusia, ha pronunciado, entre las acostumbradas ineptias sobre el orden, la moralidad, el libertinaje, etc., esta frase trivial, eco de todas las *libres de alma*: «la tiranía de los de abajo».

¿Quiénes son, pues, los de arriba? ¿Serán acaso los que el azar de la herencia o la fortuna, bien o mal adquirida (generalmente mal), ha colocado en situación de poder erigirse en fuero sustrato a las comunes e imperfectas justicias? Sabed que las revoluciones son, siempre, esfuerzos de la naturaleza burlada por la ley de los hombres; sacudidas que invierten la escala de jerarquías, precisamente porque arriba no están ya las selecciones verdaderamente aristocráticas ideales, sino las degeneraciones, los materialismos, los intereses.

¿Ninguna fuerza es más aristocrática que las revoluciones?

Y aquella otra ineptia de: *hay que restablecer la paz ante todo?* También las revoluciones son guerras para restablecer la paz y el orden espirituales, alterados por la guerra sorda de los poderes parciales, fosciosos, en nombre de la paz y el orden materiales, contra la justicia immanente y el espíritu de la ciudadanía. Exactamente como se ha dicho que los aliados hacen la guerra por la paz, así también los pueblos aspiran a la paz, al nuevo Tratado con los poderes, cuando éstos han caído bajo el «invasor», bajo el usurpador.

La revuelta rusa, el «caos» ruso, caos como lo hay en todo Génesis, no puede ser juzgado más que revolucionariamente. No podemos sentenciarla desde un plano diverso, ya sea el del interés puramente político o nacional de una guerra, ya el choque entre sociedades y pueblos ajenos todavía a una sacudida y a una erupción cuyas fuerzas subterráneas vienen de más allá de nuestro tiempo y de de nuestro espacio tradicionales.

GABRIEL ALOMAR

*El Liberal* de Bilbao, septiembre 1918.

La revolución francesa y la rusa.— Bosquejos de historia futura.

Un querido amigo, el señor Rovira y Virgili, inicia en una de sus muy interesantes crónicas extranjeras un tema sugestivo: la comparación entre los hombres de la Revolución francesa y los de la Revolución rusa. Claro está que hoy es imposible juzgar en definitiva la cuestión. Pero como se trata de un germen fecundísimo de historia futura, voy a dedicar a esa contraposición propiamente *trágica* de valores unas palabras de visión personal.

En el sistema de fuerzas ideales que forman la turbulenta Rusia actual, ¿podemos asignar a los maximalistas una equivalencia con los jacobinos? No, no. Ahí radica, ciertamente, la diferencia más notoria entre una y otra revolución. El acobinismo estuvo, como doctrina, mucho más cercano al antiguo régimen que los jacobinos. En realidad, trastornaba únicamente las bases de la soberanía y las formas de la propiedad; pero no la esencia y la sustancia de ambas. Era una transmisión del antiguo régimen más que una subversión. El férreo unitarismo nacional indivisible, la sangrienta oposición a la ley agraria, la primitiva indiferencia por la forma republicana constituyen, entre otras, sus divergencias con los girondinos, intelectuales, republicanos, federalistas, precusores de Babeuf y del socialismo.

Como la Revolución rusa ha venido en un momento más avanzado de la evolución humana, la distribución de factores ha sido diversa de la que caracterizó la Revolución francesa. Los hombres de 1792 abazaron la guerra como fórmula única, no ya para salvar su movimiento libertador, sino para liberar de las viejas tiranías a los mismos pueblos contra quienes luchaban. Los rusos han creído que la propia virtualidad de sus principios y de su ejemplo podía ser un contagio formidable para los pueblos, no redimidos todavía de sus poderes feudales o mesocráticos; a modo de un arma prodigiosa de combate ideal. No es creíble, naturalmente, que esta arma pueda tener eficacia alguna contra los adversarios materiales del momento; pero puede creerse firmemente en su inculcable, infinita trascendencia histórica en el porvenir.

Están, pues, invertidos los términos en la escala de valores de la Revolución rusa con respecto a la francesa. Los bolcheviki sólo han sido jacobinos por la imposición utópica de los principios a una sociedad falta de toda previa educación para asimilárselos y maleada por el embrutecimiento de un despotismo secular. Los bolcheviki son exaltadores temerarios de la

voluntad, que han arriesgado, como Danton, hasta la deshonra.

¿De qué modo juzgará la Historia esa comparación del triunvirato Lenin-Trotsky-Zinovieff con el triunvirato de Danton, Marat y Robespierre? He aquí la pregunta que se formula mi amigo Rovira y Virgili, contestándola a favor de los hombres de 1792 93.—Voy a dar, en breves líneas, mi parecer.

Por de pronto, Danton, Marat y Robespierre no son un triunvirato. Sus nombres (de muy desigual valía moral y política, como dice Rovira) han sido unidos por una interesada e inducta vulgarización. Danton es, ciertamente, un alto valor político. Ante la conjura de innumerables enemigos, interiores y exteriores, salvó la Revolución; abrió con su mano ruda la puerta a los tiempos nuevos. Fué el hombre genial de un momento; dió su imagen al cuño de los nuevos troques.—En cuanto a Marat, no podemos sentirlo con igual vibración. Quiso ser un vengador y no ya un libertador. Su única excusa está en haberse contagiado de la vieja dureza y embriagado en la sangre que sólo debió ser simbólica de nuevas eucaristías. Puso al servicio de los fines de libertad los medios de la tiranía. Y todos nosotros tenemos algo de la ira colomana de Chénier para cantar a Carlot...

Menos todavía podemos vibrar con el alma de Robespierre, frío, pedantesco, «teológico», heredero en espíritu de todos los «malhechores del bien». Su propia incorruptibilidad—¡oh, sombra humanamente pecadora de Danton!—es una crueldad implacable de hombre pío: Se nos aparece hoy a modo de un sacerdote sacrificador del Ser Supremo, inaccesible a la transacción, como la idea misma de sacerdocio.

Y ahora es ocasión de hablar del verdadero triunvirato revolucionario francés: Robespierre, Saint-Just, Couthon. Los tres se completaron; participaron de un mismo espíritu secamente brutal. Hay, como se decía, cierto teologismo, persecutorio y glacial, en esos fanáticos doctrinarios, ebrios de una visión futura del bien, a cuyo advenimiento rinden el holocausto de la sangre y del mal. Cromwell es la cúspide genial de esa terrible espiritualidad, a la cual perteneció nuestro Torquemada.

Aquellos tres Erinnias de la Revolución francesa se nos aparecen ahora transfigurados por su siniestra y demoníaca belleza de luchadores, y sobre todo, por su gran superioridad sobre el mundo de concusorios sangrientos y bajos epicúreos que los derribó. Satán es mucho más bello que Vautrin. Preferible es el frenesí del terror, irresponsable como un cataclismo, a la flexibilidad de reptiles de los termidorianos. Comprendemos la ira flagelante del maestro Carducci:

Maiedetto sia tu per ogni etade,  
o del reo termidor decimo soll  
Tu sanguigno ti affacci, e fredda cade  
la bionda testa di Saint-Just al suol.

Pero la comparación de ese triunvirato con el de Lenin-Trotsky-Zinovieff no resultará históricamente depresiva para éstos. Es preciso que nos hagamos superiores a la sugestión de la lontananza histórica, y sepamos inducir el valor de eterizados anecdóticos, mucho más peligrosos, como base de juicio, en el caso del triunvirato ruso, porque conocemos sus hombres y sus hechos únicamente a través de versiones *filistas* y enemigas. Entre los hombres del Comité de Salvación pública y los del «Soviet» media el natural transcurso de una conciencia universal y la diferencia entre dos razas. Es imposible calcular ahora el valor de impulsos del maximalismo ruso, jacobinismo espiritual diverso del jacobinismo material francés.

El socialismo alemán originario ha sido la fuente doctrinal de la Revolución rusa, como el espíritu anglosajón (Cromwell, Locke, Washington, Franklin) lo fué de la francesa. En el porvenir, acaso Rusia devuelva a Alemania, en un contagio no ya meramente doctrinal, esa influencia...

Cuando podamos edificar para nuestra visión interior, para nuestra «idea», la forma total de la Revolución rusa, podremos comparar sus proporciones y su valor con los de la Revolución francesa. ¿Le será superior en valor estético? Posiblemente no, porque la gran revuelta de Francia tuvo que unir al enorme choque social una guerra sublime, con los Tronos amenazados y solidarios, con la tradición hecha carne y furia en la Vendée, con el renacimiento natural de las repesalias girondinas. Rusia, en cambio, ha tenido que sostener, aún con la guerra forzada, su paz impuesta por la tiranía de los principios, celosos como dioses. El viejo Pitt acaba de desembarcar en Murmania, la Bretaña de Rusia. Pero los Tronos no pueden ya ser solidarios de esa empresa, en la cual colabora precisamente la República heredera de Danton...

Y en valor ideológico, ¿eran superiores a Lenin y Trotsky Robespierre y Saint-Just?—De ninguna manera. Los personajes de la Revolución francesa eran el producto de una explosión sentimental más que de un largo proceso ideológico. Su alma simplicista se inflamaba con el fuego de unas cuantas ideas-idolos, y tenía una ceguera impulsiva para todos los demás. Eran, en fin, temperamentos *religiosos*; posesos de un demonio familiar.—Pero los hombres de la Rusia actual han aparecido después de una larga gestión educativa ejercida por el Occidente. A pesar de su impulsivismo primario, son unos perfectos «intelectuales», y en todo el largo período de luchas ideológicas que precedió el estallido revolucionario, hubo en sus asambleas y Congresos curiosas batallas dogmáticas, de un orientalismo muy bizantino, o si se quiere muy rabínico, junto a la austera rigidez de sus ascéticos y a la pureza abnegada de sus místicos. ¿Tendrán acaso los hombres de 1793

superioridad moral sobre los agitadores rusos? En este punto, sin duda la ventaja en favor de los rusos es evidente. La Revolución francesa produjo tipos éticos diversos: I. Los que juntaban a una indudable generosidad de ideales una impureza humana de costumbres y una facilidad para la corrupción. El tipo clásico es Mirabeau. Pero Danton ha llegado a nuestra memoria como un ejemplar de esa misma especie moral. El profesor Aulard le ha vindicado justamente.—II. Los pre-románticos, jóvenes de alma, que sentían poéticamente la libertad. Tipos genéricos: Vergniaud, madame Roland, Camilo Desmoulins, Héruit-Seychelles, Carloti Corday, el propio Andrés Chénier.—III. Los noblemente austeros, hijos de la herencia de Port-Royal, como los girondinos Rabaut-Saint, Etienne y Fauchet; o en otro aspecto, Condorcet y Roland.—IV. Los neocalvinistas o neo-puritanos de cruel rectitud, incorruptibles, cuyos modelos capitales son, con alma diversa, Marat y Robespierre; su forma heroica es el fidelísimo Lebas.—V. Los nativamente aviesos, trasunto de las antiguas persecuciones teológicas, almas trahumantes de la *Eminencia grís* o de Laubardemont; ejemplares: Chabot, José Lebon, Carrier, Jouquier-Thinville.—VI. Los *arribistas*, sibiristas, hombres sin escrúpulos, desprendimientos del antiguo régimen, empujados en flotar sobre el diluvio y apropiarse las *épaves*: Felipe Igualdad, Fabre d'Englatine, Tallien, Fouché, Fréron, Barras.—VII. Los plebeyos de alma, carneros de Panurgo de aquella Saturnal, esclavos ebrios tras la carroza de Théroigne. Sus tipos: Billaud-Varennes, Collot d'Herbois, Legendre, Hébert.—VIII. Los histriones, caricaturas del neo-clasicismo corrupto, idólatras de la forma teatral o *triumfal* de esa nueva teogonía revolucionaria: Anaxágoras Chaumette, Anacarsis Clootz, el propio arzobispo Gobel.

La Revolución rusa ofrece una bien diversa distribución de valores humanos. Podríamos representarla por una escala ascendente, según la intensidad de su absolutismo ideológico: I. Los evolutivos (octubristas y cadetes), vínculo entre la Rusia vieja y la nueva. Lwof, presidente de los zemstvos y del primer Gobierno revolucionario, tiene un vago parecido con D'Espérmeil, que fué alma de la reivindicación de los Parlamentos franceses, prelude de la Revolución. Rodzianko, presidente de la última «Duma», es una especie de Barnave, como Miliukoff, tiene la fogsidad cordial y también la flexibilidad ingenita de Mirabeau.—II. Los luchadores, los románticos, cuyo tipo es Kerenski. Fracasaron porque no hubo acorde entre su alma y la de su pueblo, porque la guerra fué recibida como una herencia de antiguos e incomprendidos pactos del propio zarismo que acababan de derribar.—III. Los socialistas revolucionarios, fluctuando entre el sentimiento bélico (Plekhanoff) y el pacifismo consuncional con la Revolución (Axelrod). Hoy encarnan ante el Gobierno bolcheviki una protesta semejante a la del dantonismo contra Robespierre.—IV. Los maximalistas *bolcheviki* por oposición a *mencheviki*; improvisadores de Utopía, violentadores estrepitosos del fondo real de un pueblo despreciable a la libertad.—Y en torno a ese iris de ideales ruedan los caudillos sin contenido espiritual, *condottieri* de vagas contrarrevoluciones, mal desprendidos del antiguo pretorianismo imperial: Gurko, especie de Bouillé; Korniloff, que recuerda a Dumourier; Ivanoff al frente de sus cosacos, lejano retoño de los vendeanos; Krilenko, el cual lo mismo podría resultar un Westermann que un Santerre...

La violencia de los vengadores personales, que en la Revolución francesa tenían por cedentes de sombrío misticismo en la serie de monarcómacas y magnificas, desde Jacques Clément a Damien (de quien se supuso descendiente a Robespierre), tiene en el antiguo régimen de Rusia una tradición mucho más nutrida. El magnicidio ruso, más aún que el italiano, es una siueta ya vulgar. Y, como en la Francia de la Revolución, la mujer ha sido el brazo predestinado con preferencia a tales vindicias, como si la lejana memoria de Yael y de Judit suscitase descendencias sangrientas. Carloti Carday tuvo una pobre émula en aquella Cecilia Renault que murió en la guillotina por una sospechosa tentativa contra Robespierre. El nombre de esa muchacha, arrancada al olvido por su propia desdicha, ha acudido a mi recuerdo ante la figura de esa Dora Kaplan que acaba de atentar contra Lenin, obsesionada por la larga teoría de sus predecesoras, desde Vera Sasulitch hasta María Spiridowna; como sobre Cecilia Renault operó el ejemplo *espiritoso* de Carloti.

En el desarrollo de los organismos que han ido tejiendo la Revolución, podemos también señalar las concomitancias entre las dos grandes revueltas históricas. Así junto a la Asamblea y por encima de ella se impuso el poder de los «Soviets», el Comité de obreros y soldados, como sobre la Convención prevaleció la *Sociedad* jacobina, la *Sociedad* madre. El *Sovdep* vino a ser una especie de Comité de Seguridad general. Y la lucha de Lenin y Trotsky contra la Asamblea constituyente recuerda (con diverso éxito) la de Robespierre, apoyado en la *Commune*, contra la Convención nacional.

A falta de una superioridad ideológica o ética, ¿podrá decirse que la Revolución francesa tiene, en la Historia, una superioridad de trascendencia práctica, en cuanto al avance emancipador de la Humanidad? Es imposible ahora prever la cuantía respectiva de esos dos valores históricos. La Francia de 1789, como crisis política, era un grado más en la evolución hacia la libertad, después de los grados constituidos por la Revolución inglesa y la independencia americana—Rusia, como crisis no ya política, sino social, es otro

grado evolutivo después de las tentativas francesas de 1848 y 1871, que tan prematuramente se ha intentado repetir en todos los países de la civilización. Y como el sentido del movimiento ruso, a diferencia del francés de 1789, es plenamente humano y no ya meramente nacional, claro está que su energía se comunicará en el porvenir a cada vez mayores irradiaciones concéntricas.

No queremos juzgar hoy con oportunismos tendenciosos y parciales esa formidable ebullición de almas. También la Revolución francesa ha sido juzgada a través de toda la escala de los temperamentos humanos, que la han convertido en arma arrojadiza para las luchas posteriores. Esa Revolución ha sido un mito dirigente en nuestra vida social y política; un dios blanco, un dios negro, según el amor de las adoraciones o el odio de los conjuros. Pocas veces se la ha sabido juzgar con puro desinterés de escuela, como espectáculo a la par deplorable y gigantesco de la pobre Humanidad empeñada en elevarse sobre su propia carne destinada a corrupción. ¿No habrá en la misma cruenta ceca de esas jornadas terribles, no se qué de maceración de la carnaza colectiva en nombre del espíritu que quiere elevarse sobre el barro nativo y alimenta su llama en el óleo de su propia vida carnal? Esa Humanidad flagelante, que «se tortura a sí misma», que se inmola en sacrificio a su propia divinidad, es mucho más interesante que el vegetal de los siglos resignados, carneros que van pasando bajo la mano del gran Ciclope ciego...

Allá, en los campos de gloria, los ejércitos de hombres se batían desesperadamente... Pero, ¿no véis encima de esos ejércitos, como los batallones de ángeles que luchaban contra Senaquib, los batallones de ideas que chocan sus espadas de fuego, disputándose la construcción del mundo, que se edificará sobre nuestros huesos?

GABRIEL ALOMAR

*El Imparcial*, Madrid septiembre 1918.